

El mundo como ágora

Miguel Ángel Flores

En el mundo de los analfabetas funcionales, los libros tienen cada vez más un alcance limitadísimo. Después de medio siglo de desarrollo económico y su concomitante clase media, después de medio siglo de insistir en los discursos sobre la importancia de la lectura y del gasto en educación pública y privada, los tirajes de las novelas siguen siendo, en su mayoría, de mil ejemplares; la poesía ha sufrido un destino peor: ha descendido a las catacumbas.

Sin su presencia en el periodismo José Emilio Pacheco no habría alcanzado el reconocimiento que logró en vida, pero su mayor hazaña es el hecho de que ese reconocimiento fue fruto del periodismo cultural y no el político. Aunque tenía claro que no se puede disociar la producción cultural del entorno político y adoptó el bando de quienes escriben como un servicio a los lectores y hacen de sus escritos un ágora donde conversan el autor y sus receptores, nunca escribió con la intención de orientar al Príncipe y así ganar canonjías. El poder representa una comedia de equivocaciones y engaños, de simulaciones y medias verdades, o verdades completas. Los políticos tienen sus principios pero, como dijo con punzante ironía Groucho Marx, si éstos no se adaptan a la circunstancias, los puede cambiar por otros, sin la menor inhibición, sin el menor escrúpulo. Desemascarar a los gesticuladores era uno de los propósitos de Pacheco.

La higiene de nuestras acciones empieza por honrar nuestro medio de expresión, si nuestro oficio es el de hacedores de textos.

El periodismo siempre estuvo en el centro de atención de José Emilio Pacheco. Su velocidad de lectura y su interés por cuanto lo rodeaba, sumado a su prodigiosa memoria, se traducían en una sólida erudición en asuntos literarios, políticos, históricos; su capacidad de comprensión y síntesis le permitía procesar la información y entregar al lector los datos esenciales de una lectura; su talento para armar una nota sin perder de vista dónde se ubicaba el centro de interés de los lectores y la

importancia del dato le conquistó una multitud de ellos. A esto habría que agregar el fino sentido del humor que siempre daba en el blanco.

Desde sus inicios, José Emilio se ocupó de reseñar la actualidad literaria, y más ampliamente la cultural. Todo empezó en la revista *Estaciones* y terminó en la revista *Proceso*. El doctor Elías Nandino, que a su práctica profesional añadía su vocación por la poesía, dio muestras de enorme generosidad y de auténtico interés en cuanto a la difusión de la literatura, al dar vida, con sus propios medios y la escasa publicidad que lograba contratar, a la ya mítica *Estaciones*; en sus páginas creó una sección, “Ramas nuevas”, la cual puso en manos de dos jóvenes con aspiraciones literarias: José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis. Pacheco empezó a escribir la mayor parte de las reseñas bibliográficas y a ocuparse de una sección intitulada “Ecolio de revistas”. Más tarde ambos se pasaron, “con armas y letras”, al suplemento “México en la Cultura”, suplemento cultural fundado por Fernando Benítez. Y allí continuaron, sobre todo Pacheco, reseñando la actualidad bibliográfica. Para entonces José Emilio había adquirido gran destreza en ese género. Sus reseñas cumplían con las reglas que las deben sustentar: informar sobre el contenido de un libro y destacar sus valores, y señalar con cortesía, de la que nunca se apartó Pacheco, sus puntos débiles: decía el autor de *Las batallas en el desierto* que nunca estuvo en su ánimo empañar el triunfo de un autor o hacerle más amargo su fracaso. La medida, sostenida con un sólido conocimiento de los temas que ocupaban su atención, distinguía su trabajo periodístico.

Al calor de la amistad con Jaime García Terrés, que siempre le tuvo gran aprecio por su reciedumbre ética, amplia cultura y excelente prosa, José Emilio se incorporó al cuerpo de redacción de la *Revista de la Universidad de México*. En 1960 inició su columna, que sería la madre de todas sus columnas, “Simpatías y diferencias”, que mudó su nombre a “Calendario” en “La Cultura en México”, el suplemento de *Siempre!*, donde habían encon-

trado hospitalidad Fernando Benítez y sus colaboradores cuando Ramón Beteta, director del periódico *No vedades*, los expulsó por su simpatía con la Revolución cubana. Cumplido su ciclo en “México en la Cultura”, Pacheco fue invitado por Julio Scherer García para enriquecer la página editorial del *Excelsior*. En el suplemento cultural de este periódico, “Diorama de la Cultura”, dirigido primero por Pedro Álvarez del Villar y luego por Ignacio Solares, la última página dio cabida a una columna llamada “Inventario”, que aparecía anónima, como había sucedido con “Calendario”. José Emilio seguía el mismo guión de sus otras columnas: contenido misceláneo en ocasiones, notas necrológicas, comentarios de libros y autores de actualidad, traducciones de poemas breves, notas curiosas de la política y la ciencia y, siempre que la ocasión lo ameritaba, Pacheco clavaba el dardo de la ironía o señalaba con fino humor la estulticia, sobre todo, de quienes hacían alarde de su ignorancia o imprudencia. Eran los años de la guerra fría, de la feroz respuesta de los grupos internacionales de poder ante la descolonización de África y Asia, de la encarnizada lucha en la arena de la propaganda política de norteamericanos y soviéticos, con su moral trasnochada. México vivía una dinámica vida cultural en un medio autoritario que prohibía inocentes obras de teatro, intentaba campañas de desprestigio contra escritores desafectos al régimen, reprimía con violencia innecesaria las muestras de descontento social y surgían nuevos autores con propuestas novedosas tanto temáticas como técnicas. Se examinaba en forma más profesional nuestro pasado reciente en la política y las letras.

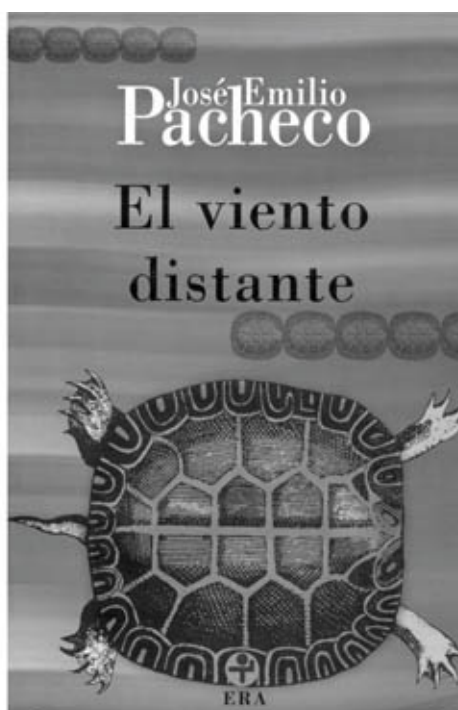
A todo estaba atento José Emilio y todo lo registraba, armado con una erudición sorprendente y una prosa directa y precisa, con giros que revelaban su dominio de la técnica narrativa: sabía atrapar al lector y mantener su atención. Inventaba diálogos de sombras a partir del profundo conocimiento de las obras de los interlocutores ya fallecidos, que resultaban didascálicos y asombrosos. Sus columnas con temas monográficos eran verdaderos ensayos que no prescindían de la amenidad. La suma de los Inventarios puede ser leída como una enciclopedia de cuanto sucedió en la vida de José Emilio en el ámbito público. O pueden ser leídos como una suma de voces que configuran el rostro de una época. “Inventario”, ya en las páginas de *Proceso*, es la consumación de un estilo irrepetible en el género de la columna periodística. Si Novo escribió en las páginas de los periódicos la crónica de la vida en México, a José Emilio debemos haber enriquecido esa crónica desde el ángulo cultural.

Una vez más habrá que insistir en la precocidad de José Emilio y en su gran energía intelectual. La prosa, las glosas y los comentarios de la columna “Simpatías y diferencias” corresponden más a las características de un escritor maduro que a las de un joven de 22 años que parece saberlo todo a tan temprana edad. Al inaugurar esta columna se ocupa de André Malraux a propósito de su visita a México; resume los momentos estelares de su biografía: su participación en la revolución china de los años veinte, su membresía en el Comité Mundial Antifascista y en la liga contra el antisemitismo; menciona que es autor de libros capitales en la literatura con-



© DGCS / UNAM

El rector de la UNAM, José Narro, acompañado de José Emilio Pacheco



temporánea y le reprocha al hombre maduro que le haya dado la espalda a su pasado para convertirse en un inofensivo museógrafo imaginario. Una biografía en miniatura sin desperdicio. Luego se ocupa de Cesare Pavese en ocasión del décimo aniversario de su suicidio; recibe elogios por haber escrito las novelas más valiosas de su generación, entre ellas *El diablo en las colinas*, y destaca el hallazgo de una novela inédita, *Fouco grande*, cuyo tema es el suicidio de la heroína, una hermana mayor de la Lolita de Nabokov, la niña angelical y diabólica que resultó la perdición de Humbert. El siguiente tema es la noticia del premio que recibió el aún no célebre Martin Luther King por su lucha contra el racismo; en esta nota se advierte el tono humanista de Pacheco que siempre lo distinguió. El devorador de información no solo se entera de los avatares de la política extranjera, es un lector constante de la revista *Cuadernos*, que dirigía Germán Arciniegas, en cuyas páginas, ante la reciente muerte de Alfonso Reyes, recoge los testimonios de sus colegas, figuras contundentes de otros tiempos: Octavio Paz, el mismo Germán, Mariano Picón Salas y Eugenio Florit; este último considera “la obra de Reyes como uno de los espectáculos más impresionantes que las letras castellanas pueden ofrecer al mundo en lo que va del siglo”. Después lee en la revista *Esquire* el “demoledor” comentario del crítico-crítico, como le llama él, de Dwight McDonald, preclaro ejemplo de los grados de estulticia a que llegó la propaganda anticomunista. Dwight desmascara a Sergio Eisenstein, un embozado cineasta homosexual, lo que es fácil de advertir pues en *Iván el Terrible* la presencia femenina es nula. Escribe Pacheco: “a la luz de este criterio, no sabemos si ingenuo o irónico, convendría revisar las buenas intenciones de películas de guerra (que transcurren en submarinos, junglas o desier-

tos) en las cuales la única mujer es la *script-girl*”. En *L'Express* lee Pacheco sobre los bajos índices de lectura en Francia, donde las novelas son leídas por 72 por ciento de mujeres y un 51 por ciento de hombres, y se pregunta José Emilio: “¿Alguien se explica a los best-sellers?”. Después se ocupa brevemente de dar noticia sobre la traducción de un cuento de Juan Rulfo en la revista *Chelsea* y le parece tendencioso que se mencione el que haya recibido dos veces la beca del Centro Mexicano de Escritores.

Posteriormente, lee en el *Mercurio de France* un artículo de Georges Markov acerca de las relaciones entre Joyce y Gide, quien se mostró indiferente ante la novela *Ulises*, no hizo el esfuerzo de comprender cuanto representaba como innovación, a pesar de que el autor francés siempre reconoció en el irlandés a un hombre de gran talento. Da noticia luego de que en la colección La Croix du Sud, de Gallimard, acababa de aparecer la traducción al francés de *L'ombre du Caudillo*, hecha por George Pilement, la gran novela de Martín Luis Guzmán. Y concluye su columna citando a François Mauriac, a propósito de Jorge Luis Borges, cita tomada de su libro *Mémoires intérieures*: “Mi conocimiento del autor argentino Jorge Luis Borges viene de ayer lo mismo que de hoy. Es demasiado pronto para decir algo de valor, mas esa lectura nos ha dado a los escritores franceses de mi generación la singular imagen de que casi todos somos muy torpes”.

Asombroso. Tenía 22 años de edad. Era 1960. Había repasado la actualidad mundial y la había condensado en unas cuantas cuartillas. Y así siguió hasta la penúltima semana de enero del 2014.

A él se le podrían aplicar las mismas palabras con las que calificó a Malraux: ser nadie para ser todos los hombres. **U**